

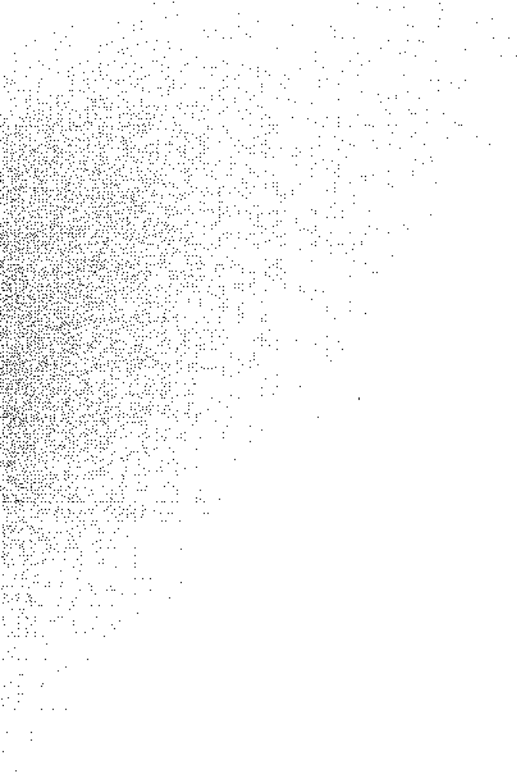
STUDIA INDOGERMANICA  
ET PALAEOHISPANICA  
IN HONOREM A. TOVAR ET L. MICHELENA

EDITADO POR F. VILLAR

---

SEPARATA

---



# I. INDOGERMÁNICA

## El Genitivo temático en -o en micénico y chipriota

F.R. ADRADOS

*Universidad Complutense de Madrid*

Nuestro mejor conocimiento actual de la formación del Genitivo de la flexión temática en Indo-europeo hace conveniente revisar la propuesta de Luria («Ueber die Nominaldekination in den Mykenischen Inschriften», *PP* 12, 1957, pp. 321-332) según la cual en micénico habría un Gen. sg. *te-o* junto al más frecuente *te-o-jo*. Queda claro que para nosotros este G. era idéntico al N., es decir, -os, ni más ni menos que como en het. eran idénticos el N. y Gen. sg. temáticos: *arunas*<sup>3</sup>, por ejemplo, es 'el mar' y 'del mar'.

Para Luria, en cambio, el Gen. *te-o* es igual a Gr.  $\theta\epsilon\omega$ , frente al N. *te-o* =  $\theta\epsilon\omega\varsigma$ . Esto es imposible: en mic. no hay contracción de vocales tras la caída de una yod, como bien replicaron J. Chadwick («Error and abnormality in the Mycenaean Noun Declension», *PP* 13, 1958, pp. 285-295, cf. sobre todo p. 291) y M. Lejeune («Essais de Philologie Mycénienne. IX. Le génitif singulier thématique», *RPh* n.s. 31, 1965, pp. 14-20, cf. sobre todo pp. 18 y 20). Esa hipótesis es, probablemente, la causa principal del abandono de la propuesta de Luria: no se sabía bien qué hacer con un Gen. *te-o*. Aunque véase más adelante sobre este tema. Pero el caso es que la hipótesis del Gen. temático en -o ha desaparecido prácticamente de la bibliografía científica. No la menciona ya la Gramática de Vilborg, de 1960, ni la menciona el último estudio sobre la declinación micénica, el de E. Risch («Die Mykenische Nominalflexion», *Die Sprache* 32, 1986, pp. 63-77).

Pero veamos el material recogido por Luria, cf. también Anna Morpurgo en *Rendic. Lincei* 15, 1960, pp. 33-61. El punto de partida está en formas en -o paralelas a otras en -o-jo en fórmulas paralelas o bien idénticas, duplicadas en otras tablillas. Así, frente al *teo do-e-ra* de PY Eo 276.7 la fórmula habitual es *te-o-jo do-e-ra*. O bien hay un *o-na-to su-ri-jo* (Ep 617.10) al lado de un *o-nato su-ri-jo-jo* (Eb 159.2). También hay *du-ni-jo/du-ni-jo-jo me-tu-ra su-ra-se* (Ae 264/Ae 8, 62). En Cnoso alternan *we-we-si-jo* y *we-we-si-jo-jo*, *u-ta-jo* y *u-ta-jo-jo* ante indicaciones numéricas del ganado (series Da y siguientes). O véanse, en Pilos, formas en -o dependientes de *ko-to-na* en vez de las esperadas (y habituales) con -o-jo: *te-u-ta-ra-ko-ro ko-to-na*, *a-da-ma-jo ko-to-na* (Eo (276.1, Eo 351.1). La forma en -o puede concordar, incluso, con un claro Gen.: *ke-ra-me-wo wa-na-ka-te-ro ko-to-na* (En 467). I os editores han llegado a veces a restituir un -jo en casos como estos.

Y se ha argüido también, sobre todo, con los nombres de los meses, principalmente en Cnoso. No los menciona Luria en su artículo, pero sí en una nota que envió a Chadwick y que este utiliza en el suyo. El mismo confiesa que son «the best examples». Junto a la indicación del Gen. de tiempo *me-no* (es decir, 'en el mes') aparece ya el nombre de un mes concreto en *-o-jo*, ya uno en *-o*, idéntico formalmente a un N. y que en este caso hemos de interpretar como un Gen. Tenemos, en resumen, *we-de-wi-jo/we-de-wi-jo-jo* (KN Fp 16.1, etc./F 953.1), *ka-ra-e-ri-jo/ka-ra-e-ri-jo-jo me-no* (Fp 15.1, etc./Gg 6369, etc.); solo hay *ra-pa-to-me-no* (Fp 13.1, cf. μήνας Λαπάτω en Orco-meno, Schw. *Del.* 667). Por otra parte, sin mención de *me-no*, tenemos ya *po-ro-wi-to* (Fr 1221, etc.), ya *po-ro-wi-to-jo* (Tn 316.1).

Es un material importante, pensamos, y luego veremos que es susceptible de ampliación. ¿Qué manera hay de explicar estas formas si se rechaza que sean Genitivos porque no se encuentra una explicación morfológica de los mismos?

La primera tentación es la de acudir a errores de los escribas. Y no puede negarse que esta explicación es tentadora cuando hay casos aislados de *te-o* Gen. junto a muy numerosos de *te-o-jo*. Pero corregir sistemáticamente ciertas formas en *-o*, haciéndolas en *-o-jo*, no parece justificado, ni siquiera cuando en una segunda tablilla aparece un duplicado. Así Bennet corrige el Gen. *a-da-ma-jo* (Eo 351.1: es idéntico morfológicamente al N. *a-da-ma-o*) en *a-da-ma-o-jo* sobre la base del *a-da-ma-o-jo* de En 659.8.9; y corrige igualmente *wa-na-ka-te-ro-jo* en una tablilla citada arriba. Esto es apriorístico: junto a la hipótesis del error existe otra, la de la existencia de dos Genitivos entre los cuales podía vacilar el escriba. Este es un tema que hay que elucidar previamente.

Lo mismo hay que decir de la propuesta de que se trata de casos de haplogía: *si-ri-jo-jo* puede haber quedado reducido, así, a *si-ri-jo*. Puede ser, en principio. Pero, aparte de que esto no explica todos los casos, queda pendiente la decisión de si existe o no un Gen. de este último tipo. Y lo mismo cuando se propone que existe mezcla de construcciones sintácticas: que hay *wa-na-ka-te-ro* en vez de *wa-na-ka-te-ro-jo* porque el escriba piensa en fórmulas en que un *wa-na-ka-te-ro* tiene (*e-ke-qe*) una *ko-to-na*.

Todas estas explicaciones, a veces duplicadas o contradictorias, insisten en el tema del error. En otros casos en que no existe desproporción numérica entre las dos fórmulas e, incluso, solo aparece el Gen. «breve», se intenta otra explicación: las indicaciones temporales en *-o* serían Nominativos asintácticos: nos hallaríamos ante un N. de rúbrica o *tabulare* o como quiera llamárselo. Pero este tipo de N. no lo conocemos para indicaciones de tiempo y parece muy dudoso que alternara con el Gen. en *-o-jo* y, a veces, fuera acompañado de la indicación *me-no*. Sin embargo, es la explicación habitual cuando se habla de los nombres de los meses: así en el importante trabajo de J.L. Melena «Reflexiones sobre los meses del calendario micénico de Cnoso y sobre la fecha de la caída del palacio», *Emerita* 42, 1974, pp. 77-102).

La clave está, insistimos, en si existe una explicación lingüística para interpretar como Genitivos esos supuestos Nominativos o supuestos errores. Al autor de este

artículo, ha de decirse aquí, la simple lectura de las tablillas con indicaciones de calendario, interpretadas a la luz del conocimiento del N. het. en *-as'* (en realidad, un N.-Gen.), le sugirió la idea de que se trataba de Genitivos comparables a estos. Sólo posteriormente cayó en la cuenta de la bibliografía de los años 50, que había quedado sepultada en el olvido.

Resulta muy sospechosa, en definitiva, la multiplicidad de explicaciones, ninguna del todo convincente. Por ello Lejeune (art. cit., p. 18) concluye cautamente acerca de nuestro Gen. que «il est peut-être difficile de nier entièrement l'existence» del mismo. ¿No valdría la pena hacer, antes que nada, un estudio sobre si es posible o no un Gen. temático en *-o*? Sobre todo cuando en las demás declinaciones no encontramos nada comparable.

Evidentemente, la explicación de *-o* por *-o* no resiste la menor crítica. Y en su examen del problema en 1965, antes citada, Lejeune argumenta que tampoco está justificada la comparación con el chip. *-o-ne* (es decir, *-ων*) que había sido propuesta por Pisaní (en *PP* 65, 1959, pp. 81-86). Nosotros pensamos que esta desinencia es la misma que aparece generalmente como de Gen. pl., pero que en het. (*-an*) conserva en cierta medida su indiferencia al número: no es totalmente imposible que la reencontremos aquí. Pero es una idea totalmente especulativa e indemostrable. Lo mismo la idea de Anna Morpurgo, en el art. arriba citado, de que *-o* puede encubrir un Abl. *-od*. Hay que decir que los Gen. en *-o* que conocemos funcionan todos sin excepción como Gen., no como Abl.; e igual los en *-o-jo*.

La verdad es que ya en los años 50 el N.-Gen. het. en *-as'* era conocido y se debería haber recurrido a él. Pero no se recurrió. La referencia a este Gen. se encuentra, solamente de pasada, en el art. de Lejeune antes citado (p. 18). Tras criticar la explicación sobre el *-o-ne* del mic., Lejeune añade: «mieux vaudrait, si l'on tient à invoquer le hittite, expliquer alors (ce qui, semble-t-il, n'a pas été proposé) myc. *-o* (à entendre alors: *-oc*) comme hitt. *-as'*, par l'analogie du type athématique». Prescindiendo de la última y errónea (veremos) observación, aquí hay una sugerencia de identificación del Gen. mic. en *-o* y el het. en *-as'* de la flexión temática. Pero en esto queda todo: no hay una propuesta formal.

Sí la hay, en cambio, y es el único lugar que yo conozco donde se hace, en el libro de Jean Haudry, *Préhistoire de la Flexion Nominale Indo-Européenne*, Lyon 1982, p. 33 s. Haudry identifica formalmente el Gen. mic. en *-o* y el het. en *-as'*, que considera (con razón) como un arcaísmo y no como una forma analógica. Pero esta afirmación no va acompañada de un estudio detenido de los hechos micénicos y sus diversas interpretaciones, como la que aquí intentamos. Quizá por ello no ha entrado en absoluto en la bibliografía micenológica.

Hemos de volver sobre los hechos micénicos, pero conviene insistir previamente en la interpretación lingüística del Gen. temático indoeuropeo en *-os*. Lo primero que hay que decir, es que no se trata de una particularidad exclusiva del hetita. Hoy en día

hay un acuerdo muy amplio en el sentido de que el Gen. IE en *-osyo* y el en *-oso* (para algunos son respectivamente nominal y pronominal, cf. por ej. R.S. Beekes, «Homeric ἐμείο, Myc. *to-e* and the PIE nominal and pronominal genitive singular», *O-o-pe-ro-si. Festschrift für Ernst Risch*, Berlin 1986, pp. 365-371, pero no es nada seguro) no son sino alargamientos de un antiguo Gen. temático en *-os*, idéntico al N. Sobre el alargamiento *-yo*, cf. C. Watkins, *Celtica* 6, 1963, p. 16, W.P. Lehmann, «The Genitive singular Ending in *-syo*: how an indoeuropeanist works» en *Bono Homini Donum. Essays... in memory of J. Alexander Kerns*. Amsterdam, John Benjamins, 1981, p. 179 ss. Nótese, de otra parte, que el Gen. en *-osyo* no es cosa sólo del i.-i., el arm. y el gr., se encuentra ahora testimoniado en lat. arcaico, cf. O. Szemerényi, *Introducción alla Linguística Indoeuropea*, trad. ital., Milán 1985, p. 22 ss. Por otra parte, ya desde antiguo se conocían Genitivos de este tipo en falisco y había una serie de propuestas para verlos también en Latín arcaico. Cf. A.M. Devine, *The Latin Thematic Genitive Singular*, Stanford University 1970, pp. 1 ss., 15 ss.

Es bien claro que el Gen. en *-osyo* presupone, en cualquier lengua en que existe, un anterior Gen. en *-os*; ni más ni menos que un Gen. en *-ī* presupone un anterior tema puro en consonante, al cual se añadió luego dicha *-ī*. Naturalmente, ese Gen. en *-os*, idéntico al N., fue desambiguado mediante el elemento *-yo*, que introducía una mayor claridad al distinguir formalmente el Gen. del N. Sucedido esto, podían ocurrir dos cosas: que el Gen. en *-yo* se impusiera totalmente, como por ejem. en ai.; o que no se impusiera totalmente. En lat. triunfó *-ī*; en gr. quedaron huellas de *-os*, a saber, en micénico (*-o*). Sobre huellas de *-osyo* en itálico, véase más arriba.

Pero no solo en micénico. El chipriota, un dialecto especialmente arcaico y emparentado, como se sabe, con el micénico, presenta en los nombres temáticos dos formas muy arcaicas: una es *-o-ne*, ya citada, es decir, *-ov* o *-ων*; otra es exactamente *-o* (tipo *te-o*, cf. A. Thumb-A. Scherer, *Handbuch der griechischen Dialekte*, 2a. ed., 1959, p. 165). Creo que es inútil, una vez que hemos visto el Gen. micénico que estudiamos, pretender ver en chipriota una forma con vocal larga procedente de contracción de *-osyo*. No existen en chip. ejemplos independientes de este tipo de contracción. El arcaísmo del chipriota, de otra parte, es confirmado por la otra forma, *-o-ne*. El chipriota, en efecto, se aproxima así al het., en que en Gen. sg. predomina *-as*, en pl. *-an*, pero la diferenciación no es tajante, a veces el número gramatical de esas formas varía; aquí *-o* es sg. (como en mic.), *-o-ne* es ya sg. ya pl.

Por otra parte, huellas del Gen. temático IE *-os* se encuentran también fuera del gr. Haudry, p. 33, cita varias del ai.: en compuestos como *ráthas-pati-* 'señor del carro', frases en que la homofonía con el N. hace desconocer el Gen. (así *RV I 17.5 Indraḥ... Várunaḥ... Krátur bhávaty ukthyáḥ* 'el poder de Indra y de Varuna es digno de celebración'). En gr., un compuesto como Θεόδοτος puede explicarse igual.

En definitiva, de raíces o temas consonánticos se deducen con *-os*, *-os-o*, *-os-yo* (entre otros elementos), formas derivadas ya nominales, ya adjetivales que pueden

ejemplificarse ampliamente. Aparecen en el Gen. temático, como hemos visto, pero también en adjetivos y aun nombres en el N. Cf. por ej. los adjetivos *lúvitas* en *-sa* y, en general, el artículo de J. González Fernández, «Lat. *classis*, *luv. -ašš-i-* y el carácter ide. del sufijo *-si-*», *Emerita* 46, 1978, pp. 301-317. A veces la forma con *-os* se ha especializado bien como G. bien como adj., por oposición al N. sg. del nombre (bien de tema puro, bien con *-s*). Nos referimos a la que llamamos la tercera declinación, que no es preciso ejemplificar, así como a adjetivos diversos en *-ós*. Así, en gr. tenemos un Gen. sg. *ἰατρός*, de *ἰατήρ*, pero también un N. sg. adjetival *ἰατρός* (cf. *ἰατρός ἀνὴρ* en Homero). Pero también se da que a la raíz o tema se añada *-os* lo mismo en el N. que en el gen.: tipo het. *arunaš*, mic. chip. *te-o*. Simplemente, en het. junto a la antigua forma indeclinable *kurur* 'enemistad', de la cual subsisten restos, se creó una forma *kururaš*, que funciona ya como N. sg., ya como Gen. sg., ya como D.-Abl. pl. Es un arcaísmo que el het. ha heredado y que también aparece, como tal arcaísmo, en otras lenguas, según hemos venido viendo.

Heredera de un estadio no flexivo, la declinación indoeuropea formalizaba mediante desinencias, grados vocálicos y colocaciones específicas del acento las diferentes funciones del nombre. Ya se sabe que de una manera incompleta: lat. *templum* era N.-Ac., el Gen. en *-os* desempeñaba al menos en los atemáticos función de Abl. al mismo tiempo, ai. *-bhyas* es D.-Abl., etc. Son hechos bien conocidos. Dentro de ellos hay que incluir este otro: en un determinado tipo de flexión el nombre con *-os* desempeñaba tanto la función de determinante del verbo (como sujeto) como la de determinante del nombre y otras propias del Gen. Y otras más, véase más abajo. La adición de *-yo* (y la generalización en algunas lenguas del Gen. en *-i* buscaba simplemente el eliminar esta ambigüedad. Por ello fue haciéndose por etapas y en mic. queda un resto de la antigua ambigüedad. Esta era más amplia antiguamente: este N.-Gen. era también de pl., luego se crearon formas especiales para marcar esos diversos casos y números; entre ellas, la reducción del Gen. en *-ōm* al pl., ya lo hemos dicho.

De todo esto me he ocupado en mis publicaciones indoeuropeísticas, no voy a repetir aquí. Sí querría hacer referencia, sin embargo, a algunas de ellas. Sobre todo a mi *Lingüística Indoeuropea*, Madrid 1975, p. 409 ss. y a diversos artículos incluidos en mis *Nuevos Estudios de Lingüística Indoeuropea*, Madrid 1988 (cf. sobre todo p. 271 ss., 284 ss., 313). En lo que sí querría insistir es en que es innecesario acudir a explicaciones del Gen. en *-os* como algo secundario, debido a la analogía de los atemáticos (así Lejeune, véase más arriba, y F. Bader, *BSL* 67, 1972, p. 114ss.). O a un origen secundario del N. en *-os*, que para algunos autores (así F. Villar, *Origen de la flexión nominal Indoeuropea*, Madrid 1974, p. 109 ss.) es una sustantivación del N. del adjetivo. Simplemente, *-aš* se usa en het. como Gen. sg. en toda clase de temas, como su predecesor *-os* en IE en general: no hay nada extraño en que aparezca también en los nombres temáticos, que proceden de antiguos atemáticos. Si hay algo notable en ellos es que su N. sg. es también en *-aš*, en vez de la *-š* más habitual. Por otra parte, la esfera de empleo de *-aš* era más amplia en hetita: Gen. pl. y D.-Abl. pl. Solo en N. pl. se creó una

diferenciación, *-es* (en el resto del IE la diferenciación respecto al sg. se creó mediante el alargamiento morfológico *-os*).

Piénsese, de otra parte, que pese a la creciente especialización de las funciones sintácticas, en las diversas lenguas indoeuropeas antiguas se mantuvieron muchos usos neutros, asintácticos, de los diversos casos, sobre todo del N.: hay el de títulos, listas, el anacolítico, «de rúbrica», etc. Por eso cuando se interpretan así algunos de los que nosotros consideramos Genitivos, la diferencia no es tan grande. Sencillamente, la forma en *-os* funcionaba con una gran amplitud sintáctica, que englobaba los usos habituales de N. y Gen. y otros más. Pero cuando aparece en usos paralelos a los de Genitivos bien formalizados y bien definidos sintácticamente (el adnominal, el de tiempo, etc.), es preferible hablar de Gen. Eso es todo.

Queríamos ahora hacer ver que si se admite sin prejuicio la posibilidad de que un nombre temático en *-o* (es decir, *-os*) sea un Gen. en mic., puede encontrarse más material que el hasta ahora reunido. Una rápida ojeada al material micénico acrecienta fácilmente la ejemplificación arriba ofrecida, procedente de la bibliografía de los años 50. Y queda abierto un amplio campo que habría que explorar. Sobre él vamos a presentar algunas sugerencias.

Al grupo de los nombres seguidos de un antropónimo en Gen. hay que añadir, dependiendo de *wo-ka* (probablemente 'carro'), ya *e-te-wa-jo-jo* (PY Sa 769) ya *e-te-wa-jo* (1267): dependiendo de *qa-si-re-wi-ja*, *a-nu-to* (KN As 1516.12 y F. Aura, *Diccionario Micénico I*, Madrid 1985, p. 72); dependiendo de *e-to-ni-jo*, que debería llevar Gen. como *ka-ma*, *o-na-to*, *ko-to-na*, según creo, *te-o* (PY Eb 297. 1/Ep 704.5 *e-to-ni-ko e-ke te-o*), *e-nwa-ri-jo* (PY An 724.12 *e-to-ni-jo e-nwa-ri-jo*). Paralelas a las tablillas con un antropónimo en Gen. y un número de ovejas, en Cnoso, hallamos en C 918.1 *re-ko-no*, frente a 912 *re-ko-no-jo*.

Pienso que pueden lograrse también así interpretaciones nuevas del topónimo *pu-ro ke-re-za* (Ab 217 B, etc.) y de los nombres divinos *u po jo po-ti-ni-ja* (PY En 187.8, etc.) y *si-to-po-ti-ni-ja* (MY Oi 701.3).

Respecto a *pu-ro ke-re-za* hay que decir que en estos topónimos compuestos de dos palabras, la primera suele ser un adjetivo, tipo *ro-si-jo a-ko-ro*. En otro caso, la interpretación lógica es por el Gen. Nos hallamos, pues, ante un Gen. del nombre de Pilos; *pu-ro-jo* está testimoniado en PY An 129.4. En cuanto a los nombres divinos, hay que juzgarlos a la luz de *da-pu-ri-to-jo po-ti-ni-ja*. Efectivamente, *u-po-jo* suele entenderse como \**hupoyon* 'el mundo subterráneo': si es así, aquí tenemos el Gen., en todo caso entender *u-po-jo* como un Gen. de *u-po* (no la preposición, desde luego), no parece convincente. Pero sobre todo es claro que *si-to-po-ti-ni-ja* puede ser ahora 'la Señora del trigo' (*si-to* está testimoniado en micénico): no había interpretación clara.

En cuanto a los meses, hay que añadir un Gen. *a-ma-ko-to* (KN Fp 14 + 27 + 28 + fr y Melena, lug. cit., p. 87).



Cf. también junto a *to-so-jo pe-ma* (PY Er 312.2 8, cf. Lejeune art. cit., p. 14) *to-so pe-ma* en la misma tablilla (1.5) y en otros lugares.

Todo esto no es sino el resultado de una mínima exploración. Pensamos que si a las palabras temáticas en -o se les añade como posibilidad, además de las interpretaciones conocidas, esta por el Gen. sg., puede abrirse una nueva vía para la comprensión de muchas tablillas. Por citar un solo ejemplo: se da por sentado que *a-ne-mo-i-je-re-ja* es la 'Señora de los Vientos' (ἀνέμων). Pero bien podría ser la 'Señora del Viento'; en Homero aparecen ambas formas.

Los lingüistas de una determinada mentalidad, que operan con dialectos absolutamente uniformes, pueden preguntarse en qué circunstancias aparecen las formas en -o como sustitutos de las en -o-yo. Puede pensarse en dos dialectos, como se ha propuesto en casos paralelos. No lo creo: -o es un simple arcaísmo que aparece esporádicamente. Ni siquiera se distribuyen claramente las dos formas -o y -o-yo entre diferentes escribas. Ciertamente, J.L. Melena, en su artículo arriba mencionado, recoge algunas regularidades de este tipo: el escriba 138 escribe *ka-ra-e-ri-jo*, el 103 *ka-ra-e-ri-jo-jo*. Pero no son regularidades totales, hay datos contradictorios. Por lo demás, nada de extraño tiene que un escriba prefiera las formas arcaicas, otro las recientes y comunes.

El interés de este trabajo reside, pensamos, en rescatar una antigua hipótesis que, ahora, ante nuestro mejor conocimiento de la declinación indoeuropea, resulta mucho más defendible. Pero, sobre todo, en esto otro: en proponer un estudio sin prejuicios de las formas temáticas en -o para ver en qué medida pueden encontrarse entre ellas Genitivos.